

D.H. LAWRENCE Y EL EROTISMO A PROPÓSITO DE *EL AMANTE DE LADY CHATTERLEY*

TRADUCCIÓN DE EURÍDICE AGUIRRE

UNA VEZ TERMINADO SU MANUSCRITO, LAWRENCE DEJABA AL editor o a algunos colaboradores el cuidado de suprimir lo que el espíritu público no podría soportar: no se es el primer novelista de un país si no se sabe que hay que tener en cuenta la necesidad humana. A pesar del dolor físico y el anuncio repetido de la muerte se vuelve a someter por completo a la voluntad de escribir y publicar, antes de morir, su libro.

Quizás en ningún lugar ese libro se preste a la confusión más que en Francia, porque se funda en el erotismo. Entre nosotros, el erotismo se opone a otras pasiones, sobre todo a la vanidad (de ahí el sadismo sutil de *Relaciones peligrosas*). El dominio de un héroe de Nerciat sobre sus sensaciones, el de un Valmont sobre las de sus parejas, los hace odiosos a los ojos de Lawrence, para quien sólo la conciencia exalta de la sensualidad puede combatir la soledad humana. Que Restif, hábil y voluptuoso ante la violación de la señora Parangon, en una novela, se vuelva una bestia en sus actividades clandestinas, puede parecer singular; es que para él, como para todos nuestros autores de segunda línea, el libro erótico es un medio cuyo fin es la sensación. Esos medios cambian con los autores, pero los siglos los arrastran por una estrecha corriente. Primero, en el Renacimiento sobre todo, la técnica física del erotismo. Después, hacia el siglo XVIII, la técnica psicológica: los hombres de raza blanca descubren que, para ellos, una idea puede ser más excitante que un objeto, e incluso que la belleza de un cuerpo. Después, la individualización del erotismo: el libro perfecto del fin del siglo XIX, en ese terreno habría sido un suplemento de *Rojo y Negro* en el que Stendhal nos hubiera dicho cómo Julien se acuesta con la señora Rénal y Matilde, y la diferencia de placeres que se brindan los tres.

Cada una de esas fases aumenta el erotismo, le da un lugar más grande en la vida de los hombres. Se acerca poco a poco al individuo. Era el diablo y se vuelve hombre; vamos a verlo rebasar al hombre y volverse su razón de ser. Tal es el interés esencial de ese libro, y también su interés histórico: el erotismo deja de ser *la expresión* del individuo. Se convierte en un estado del alma, de la vida —como el opio para los chinos de las últimas dinastías: es ahora el individuo el que no es más que un medio.

Hay en Francia un individualismo psicológico y un individualismo ético, casi siempre confundidos. El primero atribuye sus valores a la "diferencia"; al carácter único de cada cual; el segundo, a un derecho absoluto de actuar reclamado por el individuo. (Gide de un lado; Balzac del otro.) Lawrence ignoraba el primero; y en cuanto al segundo, lo importante

para él no era defender su libertad, sino saber qué hacer con ella. A sus ojos, no es por la conciencia de su particularidad como el individuo se realiza, sino por la conciencia de lo que tiene de común con tantos otros: su sexo. La crítica inglesa ha visto en eso sobre todo un paganismo: algunas miosotas molestamente oxfordianas le daban derecho. No hay, sin embargo, libro menos hedonista. No se trata de escapar del pecado, sino de integrar el erotismo en la vida sin que pierda la fuerza que le debe al pecado; de darle eso que hasta ahora se le daba al amor; de convertirlo en el medio de nuestra propia revelación. Lawrence no quiere ser feliz, ni grande: quiere ser. Y cree más importante ser hombre que ser individuo. El sabor de la diferencia es entonces reemplazado por el de una intensidad determinada: se trata de ser, lo más posible, hombre. Es decir, hacer de nuestra conciencia erótica, en lo que de más viril tiene, el sistema de referencia de nuestra vida.

¿En qué se convierte entonces la mujer?

La conciencia que el hombre le presta es siempre la llave del misterio reinante del amor. Para los hindúes, la mujer puede ser el instrumento de un contacto con el infinito, *pero como un paisaje*, medio irresponsable, como el paisaje. Lawrence, que quiere que la mujer sea totalmente responsable, ataca en cada uno de nosotros las trazas de hindú que encuentra y su primer enemigo es el eterno femenino. El cristiano no ha visto nunca en la mujer un ser cabalmente humano. La sexualidad femenina se le escapa, ya que la experiencia sexual no es transmisible de un sexo al otro (lo que es siempre misterioso es el erotismo del otro sexo). Irreductiblemente diferente de nosotros, ávida de una unidad en la que ella se posea más de lo que es poseída, la mujer se convertirá en *La Serpiente Emplumada* en el instrumento indispensable de la posesión del mundo. Su eternidad restaurada está en su sexo, y ya no en sus ojos; eternidad a pesar de todo. Único medio que tiene el hombre para alcanzar una vida más profunda a través del erotismo, único medio de librarse de la condición humana de los hombres de su tiempo, Lawrence quiere poseer a la mujer por el espíritu y por la carne; la interroga con la voz de todos sus personaje y le consagra el libro que escribe cuando está ya fascinado por la muerte.

¿Cómo pasar de esta obsesiva meditación carnal a la vida de las criaturas? Toda la técnica de la novela tiende, con los medios que emplea el autor, a sustituir la sexualidad por la viva persona de Mellors, o a la inversa. El deseo de ser madre que hace llorar a Constance delante de los polluelos, y la lleva a acostarse por primera vez con el guardia, es un artificio: era necesario que las relaciones entre ella y su nuevo amante

fueran impersonales, era necesario que ella se convirtiera en su amante antes de saber *quién* era él, *antes de haberle hablado*. ¿Qué necesitaba? Demostrarse a sí misma la ayuda de su propia sexualidad. Poco importa el medio de ese despertar. Que Mellors se reduzca para empezar a un sexo experto y anónimo: que no sea él, de ninguna manera, el seductor; el verdadero diálogo es entre lady Chatterley y ella misma. Mellors nunca se opondrá profundamente a ella; él es matizado, individualizado, *pero no autónomo*. Un guardabosques no es necesariamente ex oficial, ni un amante perspicaz, hombre de valía, Mellors habla como un rústico, pero con premeditación, y su sentido del destino humano domina al de sir Clifford: Lady Chatterley ha tenido suerte. Atada al sexo contra el hastío y la muerte, no ha podido encontrar en su amante más que un fantasma —o un enemigo. Si el hombre debe hallar su razón de ser en la integración del erotismo a la vida, yo desconfío de las garantías necesarias para ir a buscar lo más profundo de la carne y de la sangre. Temo entonces su naturaleza y su duración. Pues un fuerte sabor de soledad acompaña a los personajes de Lawrence: para este predicador de la pareja, el "otro" no cuenta. El conflicto o el acuerdo se establece entre el ser y su sensación.

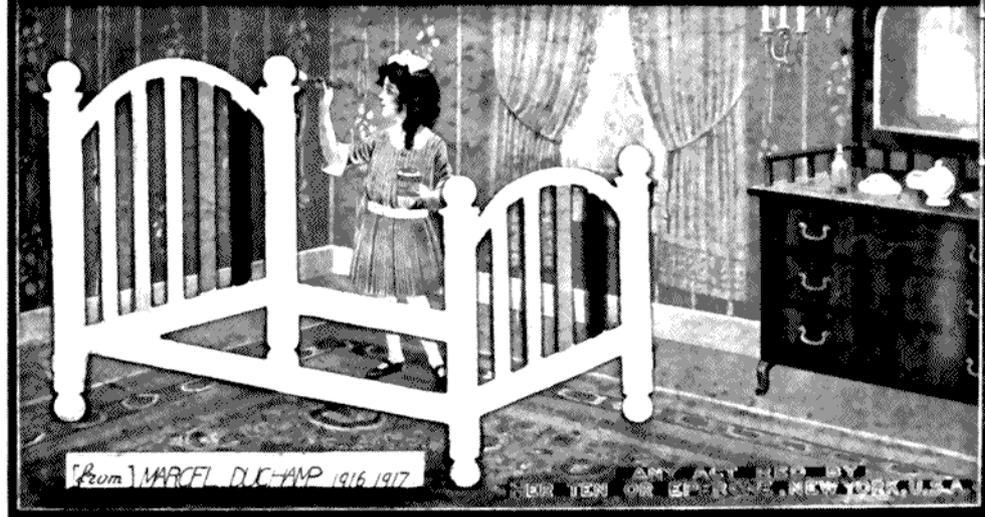
Su arte consiste en salvar, con la pintura convincente de un sentimiento primitivo y profundo —el deseo de maternidad por ejemplo—, el paso de la ficción a la afirmación ética. Y la doctrina es inseparable de ese arte, del jadeo febril con

el que intenta volver deslumbrante la cara nocturna de la vida. Es por este arte, sobre todo, por lo que será debilitada la importancia de la personalidad del compañero —compañero que no es ya el amante, que no vale más que por la conciencia que tiene de un *estado* particular que puede alcanzar y dar. Nadie necesita que tal compañero sea "único". Ahora bien: nuestro amor —pasión reposa sobre ese carácter único de la amante, de la dueña. Se trata de destruir nuestro mito del amor y de crear un nuevo mito de la sexualidad: de hacer del erotismo un *valor*.

¿Qué podemos esperar, en esa región de mitos? Quizá más conciencia. Tomamos nuestra actitud vital por normal, universal, humana. Aun en la India, sin embargo, esa actitud sorprende a los asiáticos. Cuando les decimos que es racional, nos responden confusamente que nuestra música, nuestra pintura, tienen un fundamento erótico, y que nuestra literatura no trata casi más que del amor. ¿Qué pensamos nosotros mismos de esta erotización del universo que nos atribuyen los asiáticos?

Un mito no es objeto de discusión: vive o no vive. No apela a la razón, sino a la complicidad. Nos alcanza por nuestros deseos, por nuestros embriones de experiencia; es por eso por lo que desde hace un siglo la ética se manifiesta tan de buen grado en la ficción. Profetizar sobre esto sería entregarse al vano trabajo de profetizar sobre el mundo: los mitos no se desarrollan en la medida en que dirigen los sentimientos, sino en la medida en que los justifican...

APOLINÈRE ENAMELED



from MARCEL DUCHAMP 1916-1917

Marcel Duchamp: Apolinère enameled (1916-1917).